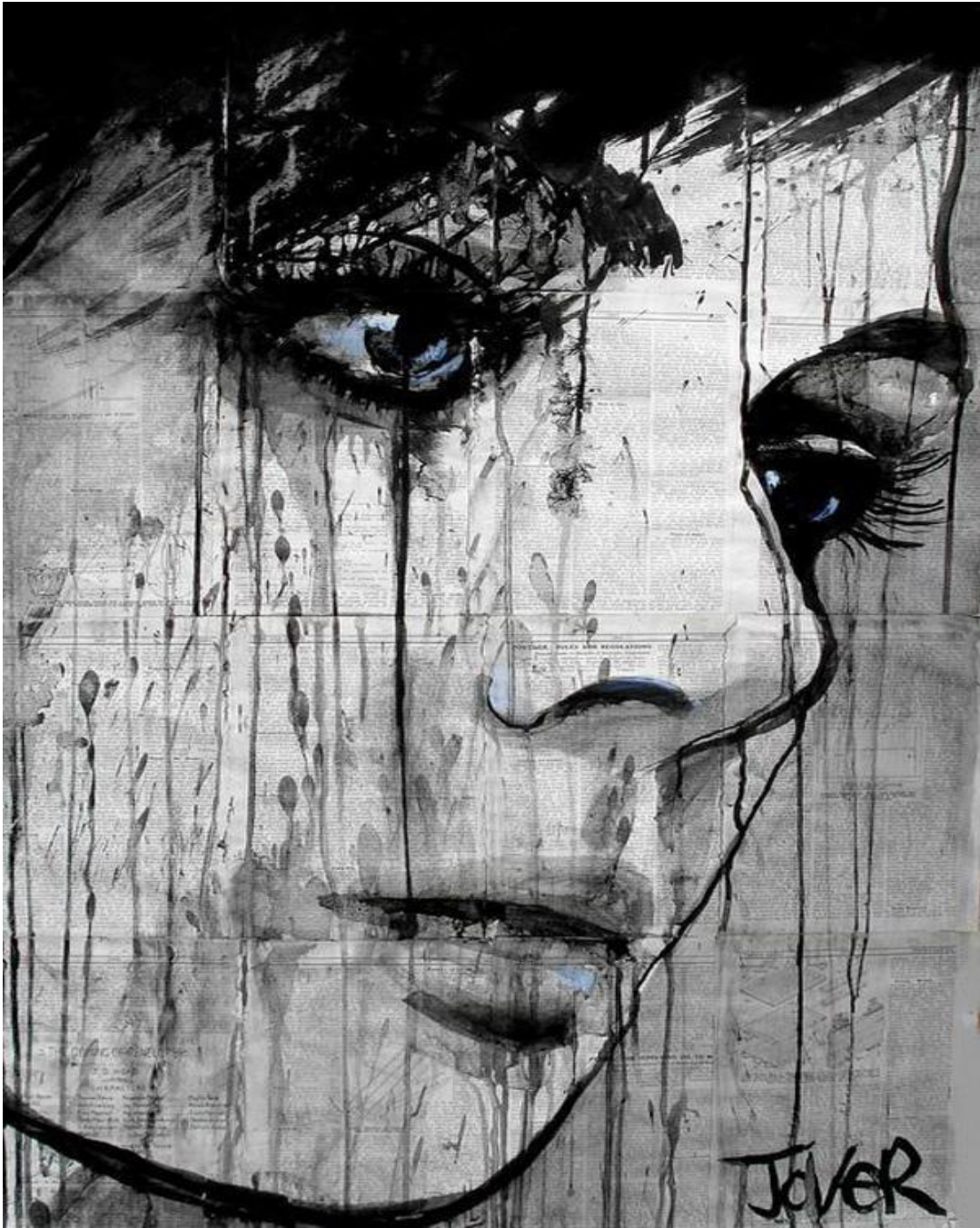


Las desarraigadas

Nidesca Suárez



Ahora que sé que tampoco eras tú, puedo decírtelo todo.

Mentí desde la primera vez que nos vimos. No fue tu culpa. Siempre he mentido. Si no mintiera nadie querría estar nunca conmigo. Ni siquiera tú, que asegurabas amarme.

La primera mentira que te dije fue mi nombre. No me llamo Marcela, ese nombre que tantas veces susurraste mientras me llenabas de caricias, soy simplemente Elena. ¿Qué te parece? ¿Te gusta o lo detestas? Mi apellido tampoco es Sanojo, en realidad no tengo apellido. Soy Elena a secas. Marcela Sanojo existió, fue real, la conocí hace muchos años, espero que eso te sirva de consuelo.

No comprendes nada ¿cierto? Déjame explicarte todo desde el principio o, mejor dicho, desde donde puedo recordar.

Tenía cinco años y vivía en un asqueroso orfanato dirigido por asquerosas monjas, plagado de asquerosas cucarachas y asquerosos mocosos. Marcela y yo formábamos parte de aquel asqueroso mundo y era lo único que habíamos conocido hasta entonces. Marcela era mi única amiga. Teníamos la misma edad y padecíamos del mismo hábito de contar mentiras y colocar el calificativo de "asqueroso" a todo lo que nos molestaba, pese a las palizas que nos daban las monjas para corregirnos, pero éramos dos incorregibles.

Como imaginarás no era el típico orfanato a donde llegan las parejas, sonrientes e ilusionadas, en busca de algún niño que adoptar. Eso pasaba en las películas, no en nuestras vidas. Cuando Marcela y yo cumplimos la mayoría de edad, caminamos hasta la carretera con nuestras escasas pertenencias y subimos al primer carro que se detuvo ante nuestras raquíticas siluetas. Nos divertimos contándole al chofer las más inverosímiles historias respecto a nosotras: huíamos de casa de nuestros padres para asistir a un concierto de rock, luego iríamos a surfear y por último volaríamos en parapente.

Ni surfeamos ni volamos, Marcela consiguió trabajo de mesera en un bar de mala muerte, yo limpiaba y planchaba por días.

Antes de proseguir permíteme aclararte que la amistad entre Marcela y yo no se basaba en el cariño, emoción que desconocíamos, sino en el desarraigo que nos era dolorosamente familiar. Sí, solo Marcela y yo podíamos identificarnos tan profundamente con aquella desesperante sensación de no pertenecer a nada ni a nadie, de no poseer raíces. Marcela tenía un apellido, es cierto, pero jamás conoció a sus padres o a familiar alguno. Cuando salimos del orfanato pensé que ella querría averiguar de dónde venía, al menos tenía un nombre por el cual empezar, pero jamás lo hizo. Éramos unas desarraigadas con la certeza de que nada podíamos hacer al respecto.

Como ya te dije, empecé a trabajar por días haciendo lo único que las asquerosas monjas me habían enseñado: trabajar como burra para ganarme el pan nuestro de cada día. Planchaba y limpiaba dos veces por semana en el apartamento de una profesora de inglés. Los otros tres días limpiaba en un colegio, trabajo que la misma profesora me había ayudado a conseguir, aún debe estar esperando que la palabra gracias salga de mi boca, mis labios jamás se han movido para agradecer. Tú lo sabes.

Al principio tenía los fines de semana libres y me aburría a muerte, no teníamos televisión y mucho menos libros. Salía a ver tiendas, pero pronto me pareció una pérdida de tiempo, no podía comprar nada, así que comencé a trabajar fregando platos en el mismo bar donde Marcela era mesera. Ninguna de las dos teníamos interés particular en nada, en ese entonces nos conformábamos con saber escribir correctamente nuestros nombres.

Cuando salimos del orfanato, Marcela dijo que había que inventarme un apellido, que no podía pasarme la vida siendo simplemente Elena, que la gente me vería raro. Pasamos mucho tiempo decidiéndonos por uno adecuado, uno que no fuera demasiado rimbombante o demasiado simplón, luego de mucho probar nos decidimos por Álvarez.

Nos pareció que sonaba bien, no era llamativo ni causaba ninguna reacción extraordinaria cuando se decía en voz alta: Elena Álvarez. Sonaba común, sonaba a mí.

A partir de entonces me sentí menos incompleta, un poco más segura de mí misma. Comencé a hacer cosas que no había hecho nunca. Una de ellas fue vestirme con la ropa de la profesora de inglés cuando ella no estaba. Tenía algunas cosas elegantes, nada del otro mundo, uno que otro vestido de fiesta, joyas de mentira. A veces pasaba horas probándome todo, combinando la ropa con las prendas, maquillándome o desmaquillándome. La profesora se cuidaba mucho la piel. El baño estaba lleno de cremas y lociones. Yo las probaba todas.

En ocasiones, cuando tenía el día libre, Marcela me acompañaba. Nos divertíamos a nuestra manera, sin reír demasiado. Era un quita y pon de trapos, maquillaje y perfumes. Un fin de semana en que la profesora salió de viaje, a Marcela y a mí nos invitaron a una fiesta, una de las meseras cumplía año. Justamente me tocó planchar el viernes. Marcela y yo tomamos prestadas algunas cosas, medias, zapatos, yo escogí una falda y un top, Marcela se decidió por un vestido. También tomamos prestadas algunas prendas, un estuche de maquillaje y un perfume. Nada de verdadera importancia.

Causamos verdadero furor. Para mí fue una ocasión inolvidable, luego de la fiesta me fui con un tipo que conocía de vista en el bar, primo de la cajera, y en el asiento trasero de su destartado carro perdí la virginidad. Ya lo sé, soy un lugar común, como mi nombre. Mientras lo hacía recordaba a las asquerosas monjas y su asquerosa perorata sobre el pecado de la carne, también pensaba en lo tonta que había sido por no tomar prestada aquella ropa interior tan sexy que la profesora guardaba al fondo de una de las gavetas.

Cuando le conté a Marcela mi experiencia, me respondió con un seco: "Tienes que empezar a tomarte la pastilla". Me sentí decepcionada, su respuesta significaba que ya ella lo había hecho y no me lo había contado. Por otra parte, no me sorprendía, Marcela

fue siempre mucho más precoz que yo. Me preguntaba con quién habría sido, no conocíamos a nadie que valiera la pena y ella no había dado señales de estar saliendo con alguien. Yo continuaba haciéndolo con el primo de la cajera, aunque en realidad no me gustaba, siempre que lo hacíamos pensaba en otra cosa, ni siquiera me molestaba en fingir, además a él tampoco parecía importarle.

Tres meses después, Marcela me comunicó que se marchaba con un grupo de música y que de ahora en adelante tendría que arreglármelas sola. ¿En calidad de qué se iba si ella no sabía nada de música? Al oír sus palabras tuve la certeza de que se acostaba con uno de esos asquerosos peludos. Era una banda bastante mediocre que tocaba viernes y sábado en el bar, de repente, de un día para otro, habían tenido la genial idea de irse “de gira”. ¿Quién querría escucharlos? Con esa despedida comprendí que Marcela se estaba abriendo a la posibilidad de ‘pertenecer’ a algo. “Te entiendo”, pensé, pero no le dije nada, en cambio ella me dijo: “Ponte las pilas. Tú siempre has sido medio tonta, no vayas a salir con una barriga, no dejes de tomarte la pastilla”, acto seguido me dio la espalda, los de la banda la esperaban en el bar.

Una vez sola, comencé a hacer cosas algo más ‘audaces’ que probarme la ropa de la profesora. Al coletear los pasillos del colegio me dio por atisbar dentro de las aulas, verás, en toda mi vida solo había recibido asquerosas clases de catecismo, comencé a enterarme de cosas, algunas las comprendía, otras simplemente pasaban de largo.

Descubrí, por ejemplo, que el inglés se me hacía fácil, eso del verbo *to be* era pan comido, no entendía por qué aquellos mocosos malcriados me hacían perder el tiempo con sus preguntas bobas, o con sus desesperantes “no entiendo”. Sí, me hacían perder el tiempo porque yo me había vuelto, sin que nadie se enterara, una alumna regular. Cuando había clases de inglés me paraba junto a la puerta y coleteaba la misma superficie hasta que la clase terminaba, segura de que nadie notaba mi presencia. Me había habituado a ser invisible en aquel lugar donde no me dirigían la palabra; los

alumnos, hijitos de papi y mami, ni siquiera me notaban, y los profesores pasaban junto a mí como si yo no existiera. Mejor así.

Un día en el que me tocaba planchar, la profesora iba saliendo para el colegio, cuando de pronto me dijo:

—*Good morning Elena. How are you today?*

Quedé completamente desconcertada. ¿Qué pretendía hablándome en inglés? Ella parecía divertida.

—No me dirás que mi alumna más interesada no puede contestar esa simple pregunta.

A partir de ese día mi vida dio el giro de 180° que años más tarde me llevaría a conocerte. Ella me ofreció darme clases particulares, decía que veía potencial en mí y no sé qué cuentos, lo cierto es que acepté; luego me convenció para que sacara el bachillerato. Lo hice en un liceo nocturno, dejé el trabajo en el bar para dedicarme a estudiar los fines de semana. Una cosa fue llevando a la otra y cuando caí en cuenta ya estaba presentando un examen para obtener una beca en los Estados Unidos. Aquí fue donde vine a encontrarte. ¿Te acuerdas de nuestro primer encuentro?

Para ti fui Marcela, no por capricho, sino porque yo no existía legalmente y ella sí, por lo cual tomé prestado su nombre. Siempre fuimos muy parecidas, no sé si fue por habernos criado juntas en aquel orfanato de mierda, pero la gente solía pensar que éramos hermanas y nosotras les dejábamos creer. Nunca tuvimos interés en que nuestra asquerosa verdad se conociera. Si los demás querían tejer historias, pues que tejieran hasta que les salieran ampollas. Había quienes aseguraban que éramos lesbianas; allá ellos, mejor lesbianas que huérfanas.

Has perdido mucha sangre, lo siento, esta vez mi puntería no fue exacta. Contigo siempre me fallaron los instintos. Cuando te vi por primera vez en la biblioteca pensé que eras el indicado, te vi leyendo a Kant y me dije: "este sí, este tiene pinta de tener los

pies bien puestos sobre la tierra, este tiene que ser". Pero me fallaste, tampoco tú lograste darme esa sensación de pertenencia que en vano he buscado en tantos otros... tantos otros que han terminado igual que tú: el primo de la cajera, la profesora de inglés... Marcela... pobre Marcela, creyó que en el mundo de la música echaría raíces. Yo le ahorré esa decepción... ¿No es ahorrar decepciones un principio de economía? Me lo explicaste varias veces: la *navaja de Ockham* postula que en igualdad de condiciones la explicación más sencilla suele ser la más probable. Marcela y yo estábamos en igualdad de condiciones y la explicación más sencilla fue la mía: somos desarraigadas Marcela, no podemos ser otra cosa; por supuesto que no lo expresé en voz alta, pero sé que ella lo entendió, lo vi en su mirada mientras le apuntaba. Cuando me arrodillé junto a su cuerpo tuve una leve sensación de envidia, ella ya era libre.

Tu agonía se prolonga, jamás quise que fuese de este modo, siempre lo he llevado a cabo limpiamente, ¿por qué tenía que ser diferente contigo? Ya falta poco para que termine, lo noto porque la presión con que me aprietas la mano disminuye, ¿por qué te aferras a mi mano? Te arrastraste hasta mí para apretarla y no he tenido el valor de retirarla, así como tampoco he podido dejar de temblar. Me miras con amor mientras se te escapa la vida, no soporto esa mirada... No me pidas que llore, no recuerdo la última vez que lo hice. ¿Por qué tienes que amarme? Yo jamás he podido amar a nadie, menos aún a Elena Álvarez...

Ya me puse las pilas Marcela, pero debo seguir siendo medio tonta, porque continúo sintiéndome asquerosamente desarraigada. Eso sí, la pastilla no he dejado de tomármela.